

—No zeñó osté se piensa que el muchacho lo he robáo, y no me pregunte má, porque mizté que lo afáito.
 —¿Y que nombre le ponemos?
 —Que nombre? Po Jueve-Zanto.
 —Así no debe llamarse
 —Pos como?
 —Pedro, Macario....
 —No zeñó es... Menumento, Menumento ú Jueves-Zanto.
 —Pero...
 —Misté no hay más pero que lo que le ice el Bizarro: Padre; ú le pone eze nombre ú lo envío al otro barrio.

HIPÓLITO GONZALEZ

(Presbítero)

Y va de cuento.

No hace muchos años, visitaba Madrid por primera vez, un labrador castellano que iba a consultar con un médico sobre no sé que padecimiento. Coincidió por aquella fecha la solemne apertura de las Cortes, que tocó aquel año en el Congreso, y nuestro buen labrador no quiso dejar de presenciar aquel espectáculo tan curioso como llamativo. Desde la esquina de la calle de Santa Catalina hasta la Carrera de San Jerónimo, cubrieron las tropas todo el trayecto que más tarde había de recorrer la comitiva real.

Contempló el desfile de batallones y baterías al toque de gaceros pasodobles y sintió el hombre esa emoción que se experimenta en los actos solemnes y que despierta en la imaginación el recuerdo de nuestra Historia llena de pretéritas grandezas, de hechos de armas gloriosos.

Formadas las fuerzas, corrió la noticia de que las carrozas reales atravesaban la Puerta del Sol y se dirigían hacia la Carrera de San Jerónimo y por ende a la esquina donde nuestro protagonista se encontraba.

Alla lejos, en la explanada de la Iglesia de los Jerónimos, tronaban acompasadamente los cañones, subrayando con su estruendo el acto que la Majestad Católica del Rey de España iba a realizar ante los representantes del país.

Avanzaba lentamente la comitiva...

—¿Y el Rey? ¿Pero no viene el Rey?—pregunta nuestro heroe a los de las primeras filas.

—¡Ya vendrá el Rey! ¡P'achasco que no vi-

niese!—contestole una oronda cocinera que con inminente peligro de que sus señores no comiesen aquel día, no había dejado ocasión de presenciar el espectáculo.

Por fin sonó un clarín estridente y agudo, anunciando la presencia de los Reyes. Y entre el estrépito de músicas y clarines, de vítores y aplausos, de gente que se apiña reempiendo la formación, por ver más y más cerca, con esa mejestad que no se describe pero que se graba al que lo ha visto de una manera indeleble, avanzó solemne la real carroza. Allí iban los Reyes. Nuestro hombre colocándose sobre la punta de los pies y con gran peligro de ser tirado al suelo, logró al fin distinguir perfectamente dos figuras rígidas y semejantes, centro al cual convergían todas las miradas. No cabía duda, aquellos necesariamente tenían que ser los Reyes.

¡Vivaaa!... ¡Que vivan los Reyes!...—y por plejo y emocionado como nunca sacó su pañuelo de yerbas azul y grande y empezó a enjugarse las lágrimas, monologando al mismo tiempo:

—¡Hay que ver los Reyes! ¡Que buenos! ¡Y que viejecicos están!

—¿Pero qué dice este hombre? Dijo volviéndose al mismo tiempo una joven morena y del propio lavapiés.

—Los Reyes ¡que majos! ¡que viejecicos!

—¿Viejecicos?

—Justo. ¿Pos no les ha visto V. con to el pelo blanco?

Y tenía razón, él lo había visto así; había tomado a los Reyes por los dos palafreneros, que en señal de respeto van subidos en la plataforma posterior de la carroza... pero cualquiera le convencería, al contarle en su pueblo, de que no había visto a los Reyes.

BENJAMÍN NAVARRO

"RICORDATI"!

Devuélveime el corazón

Que tu mirada infantil,

Aquella tarde de Abril,

Me robara asaz, cruel.

Para retenerle más

No busques, mujer, disculpa.

¿Tengo yo, acaso, la culpa

De que nacieras sin él?

M. J. ROMERO.